

Y aun dicen enviar un mozo suyo,  
Juan Baptista Vaquero, grande lengua  
Del idioma dellos, al efecto.

Mas aquesta sospecha bien podria  
Ser invencion de gente descompuesta;  
Pero ya con verdad, ya con mentira,  
Al Bartolomé Sanchez Torreblanca  
Yo lo vi preso por aquesta causa  
En la cárcel real en este reino,  
Y el mozo Juan Baptista se retrajo  
Entre los indios que lo respectaban  
Con gran veneracion porque hablaba  
La lengua dellos admirablemente.  
En efecto, los indios deste valle  
De San Andrés, y los de mas afuera,  
Tomaron armas y hicieron guerra  
Con tal obstinacion y pertinacia  
Al Andrés de Valdivia, que murieron  
Algunos de los suyos en recuentros  
Con aquellos extremos lamentables  
Que suelen padecer miseros cuerpos  
Heridos de la yerba ponzoñosa,  
Entre los cuales dió pena notable  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Magnánimo soldado, fuerte, diestro,  
Y de grandes ardidés en la guerra.

Aquesta furia fué continuada  
Por espacio de dos ó de tres meses  
Sin haber remision que les conceda  
Dejar punto las armas de la mano,  
No sin yactura grave de los indios  
Caidos en las duras competencias,  
Porque el gobernador en ellas hizo  
Cuanto cumplia para su defensa.

Pero como se viese fatigado,  
Falto de gentes y de municiones,  
Y sin recurso de mantenimiento,  
El cual si se buscaba ya sabian  
Ir á pena de muerte condenados,  
Por la gran vigilancia de los indios,  
Que sin perturbacion ni daño suyo  
En pasos de latibulos ocultos  
Herian españoles á su salvo,  
Fatigaba remedios inquiriendo  
A todas horas el entendimiento,  
Y de varios balances uno solo,  
Aunque dificultoso, le convino.  
Habló con Juan Alonso de Santana,  
Soldado de los de Lope de Aguirre,  
Y con otro Bartolomé Jimenez,

Entrambos hombres de quien bien podia  
Fiar cualquiera hecho memorable,  
Y dijoles: «Ya veis por la presura  
A cuán acerbo fin vamos cercanos;  
Hemos de procurar alguna cura,  
So pena de ser torpes y livianos;  
Y aquesta colocó mi conyectura  
En vuestros sueltos piés y fuertes manos,  
Como quien sabe ya pasar rigores  
Y escaparse de riesgos muy mayores.

» Confiandome pues de vuestro tino  
Con que soleis guiar puntualmente,  
Antes de ver el rayo matutino,  
Quiero que á Santafé guieis la frente  
Para que Pedro Pinto Vellorino  
Abrevie su partida con la gente,  
Y demás de le dar aquesta carta,  
Parte seréis para que luego parta.

» Será hazaña bien engrandecida  
Del siglo venidero y el presente,  
La cual, si Dios á mí me diere vida,  
Terná su galardón correspondiente;  
Ha de ser esta noche la partida  
Con prontitud y paso diligente;  
Haced á Dios y al rey este servicio,  
Y á mí tan amigable beneficio.

» Conozco que poneis frágil navio  
En ondas que denotan detrimento,  
Segun aquel que corre por bajo  
Con recios soplos de soberbio viento;  
Pero no las temais, que yo confío  
En Dios que llegareis á salvamento,

Pues vuestros buenos piés y la espesura  
Os han de preparar vía segura.»

Dijo, y aunque dudosa la carrera,  
Por no venir á menos del concepto  
Que dellos se tenia, respondieron  
Que si menester fuese hasta Chile  
Irian, cuanto mas camino breve;  
Y así partieron cuando los cubria  
La sombra fusca del nocturno manto,  
No con menos ardor, valor y brio  
Que de Niso y Eurialo se cuenta,  
Pero con mas ventura, pues llegaron  
Salvos do los llevaba su deseo.

Y entendida por Pinto Vellorino  
La causa y la razon de su venida,  
Con cuanta brevedad le fué posible  
Partió con treinta y seis hombres guerreros  
Y cantidad de vacas y de puercos  
Y muy buenos caballos, siendo guias  
Aquellos dos soldados que vinieron;  
Los cuales, abreviando las jornadas,  
Llegaron á la puente que dejaban  
Sobrel rio de Cauca fabricada,  
Por do pasaron luego, mas las vacas  
Y los demás cuadrúpedos dejaron  
Allí perdidos, porque no pudieron  
Vencer el impetu de la corriente,  
En la cual perecieron dos soldados  
Que por los aviar se confiaron  
De la destreza y fuerza de sus brazos.

Los otros con acerba pesadumbre  
De ver aquel principio desgraciado,  
Prosiguen adelante su camino  
Hasta llegar al valle de Guarcama,  
Y al campo de los nuestros, donde fueron  
Con los brazos abiertos recibidos,  
Y con aquel contento y alegría  
Que se puede pensar de los que estaban  
En trance riguroso y en estado  
Que los amenazaba con la muerte,  
A no venir aquel socorro presto,  
De buenas municiones proveído;  
Con la cual nueva bárbaro gentío  
Estuvo por entonces mas quieto,  
Y nuestros españoles dieron orden  
De salirse del valle con intento  
De fundar pueblo permaneciendo  
En apropiado sitio, desde donde  
Pudiesen subyectar cómodamente  
Los términos que dalle pretendian.

Veinte y cuatro de junio se contaban  
Dia del que nació santificado,  
Cuando salieron fuera deste valle,  
Y habiendo caminado pocos dias  
Llegaron á la loma de Nohava,  
Donde la tierra rasa se remata,  
Porque lo que se sigue después della  
Es tierra montüosa, mal poblada,  
De ricos minerales, mas enferma,  
Con molestos mosquitos y otras plagas,  
Y por les parecer estar la loma  
En cómodo lugar para su pueblo,  
Fundaron la ciudad de Ubeda, porque  
El Andrés de Valdivia fué nacido  
En aquella que deste nombre goza  
En la provincia del Andalucía.

Tomaron posesion por el monarca  
Filipo magno, rey y señor nuestro,  
Nombrándose cabildo y regimiento,  
Y haciendo las otras diligencias  
A nuevas poblaciones concernientes,  
Y repartidas tierras y solares  
Luego se comenzó sangrienta guerra  
Con todos los caciques declarados;  
Cuyos rigurosísimos sucesos  
Seríame confuso labirinto  
Particularizallos por escrito:  
Basta decir que fué tan porfada,  
Que los paganos y los españoles  
Vinieron á notable menoscabo,  
Y para sustentarse nuestra gente  
Por falta de servicio les convino

Hacer labranzas con sus propias manos;  
Mas estas cuando daban esperanzas  
Del grano sumamente deseado,  
Los indómitos indios las talaron  
Sin dejalles gozar el fruto dellas,  
Estímulo terrible que los mueve  
A castigar aquel atrevimiento;  
Porque la saña y el enojo daba  
Fuerzas insuperables con que pueden  
Tomar destos agravios la venganza,  
Aunque no sin retorno de heridas  
De rabioso remate mensajeras,  
Pues los que de la muerte se libraban  
Era cortando carnes lastimadas,  
Abrasándolas con ardientes hierros.  
Pero los bárbaros reconociendo  
La gran disminucion de sus guerreros  
Con guerra tan crüel y tan prolija  
Que después que poblaron fué durable  
Por seis ó siete meses, sin que dia  
De sosiego tuviesen ambas partes,  
Saliéronles de paz, y socorrieron  
La falta de alimentos que tenían,  
A lo que pareció, con blando pecho;  
Porque perseveraron de tal suerte  
Que la paz y amistad fué divulgada  
En Santafé y en todos sus confines,  
De tal manera que indios contractantes  
Entraban y salian inquiriendo  
Ganancia que les dan sus granjerias,  
E iban y venian muchas veces  
Con cartas y mensajes de vecinos,  
Con que lenguas absentes comunican  
Sus intenciones ó necesidades.  
Mas este dulce hilo fué cortado  
No tanto por malicia de los indios  
Cuanto por la de pechos invidiosos  
De la felicidad y bien ajeno,  
Segun declararemos con ayuda  
De Dios en otro canto por estenso,  
Pues por estar la pluma ya cansada,  
La suelto de las manos entre tanto  
Que con agudos fillos se separa.

### CANTO DECIMO TERCERO.

Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia que tuvo  
para despoblar á la nueva ciudad de Ubeda.

Como sea gustosa la bonanza  
Después del sinsabor de la tormenta,  
Y el gozo de la paz de gran dulzura  
Pasados los trabajos de la guerra,  
Los moradores de la nueva planta  
Estaban muy alegres y contentos  
Viendo pacíficos los naturales  
Al cabo de tan duras competencias,  
Prometiéndose vida descansada,  
Después que los caciques y señores  
Les fuesen repartidos, y tuviesen  
Merecedores dellas encomiendas,  
Lo cual se procuró con gran instancia  
Por dar á sus trabajos recompensa;  
Y el que los gobernaba no tenia  
Contrarios los intentos, conociendo  
Ser tales sus servicios, que con premios  
Mayores no quedaban satisfechos.

Pero cuando queria dar contento  
A sus comilitones, deseosos  
De ver efectos que correspondiesen  
A los ofrecimientos hechos antes,  
Ministros del demonio que no faltan  
Turbaron sus propósitos modestos  
Usando de un ardid abominable,  
Y tal que después dél fueron sus obras  
De frenético, loco, furioso,  
Sin atinar á cosa que cumpliese.

Este fué, que con otras que vinieron  
De Santafé le dieron una carta  
Sin firma, cuya letra disfrazada  
Al autor encubrió, la cual decia:

«Volved, gobernador, por vuestra honra,  
Porque la lealtad que prometida  
Fué con vinculo santo, no se guarda,  
Y el sacro genio de la casta cama  
Anda menospreciado y abatido,  
Y aquella compañía de parientas  
Que con ella quedaron en Victoria,  
Adonde las dejastes, ansimismo  
No viven con aquel recogimiento  
Que deben á su noble parentela.»

Aquesta novedad, aunque fingida,  
Y por inicuos hombres inventada,  
Hizo tal impresion en su memoria,  
Que sus palabras y obras eran masa  
De muy desatinados desvarios,  
En tanto grado que se sospechaba  
Ser con industria de desesperado,  
Por poner en estremo los soldados,  
Con tantas ocasiones, que tomasen  
Las mismas para le quitar la vida.  
Y así luego con riguroso mando  
Hizo que despoblasen el asiento  
Que con penalidades insufribles  
Habian sustentado tanto tiempo;  
Lo cual Valdivia hizo con intento  
De se precipitar por las montañas,  
Sin admitir razones ni consejo  
De los que con palabras comedidas  
Y términos urbanos procuraban  
Hacelle que mudase pareceres.  
Ansimismo los indios del terreno  
En gran manera se maravillaron  
De ver esta mudanza repentina,  
Y algunos, que presentes se hallaron,  
De los mas principales le dijeron:

«Presumimos que debes estar loco,  
Pues tienes en tan poco lo que has hecho,  
Y al tiempo del provecho te vas fuera,  
Por dudosa carrera haces via;  
Harto mejor seria darnos amos  
A quien reconozcamos vasallaje,  
Y cada cual trabaje dar contentos  
A quien repartimientos les cupieren:  
Esto piden y quieren los señores  
Caciques y mayores destas frentes,  
Que son los que presentes aquí tienes.»

Oyó la peticion con impaciencia  
El Andrés de Valdivia, y así hizo  
Poner estos caciques en prisiones,  
Amenazándolos con mayor pena  
Si mas acerca desto le tractaban;  
Y aunque los soltó luego de la cárcel  
Quedaron indignados malamente.  
No pararon en esto los furiosos,  
Pues en confirmacion de su locura  
A los caballos les cortó las piernas,  
Que fué para sus dueños dolor grave,  
De los cuales algunos, viendo tantos  
Escesos furiosos, rehuyendo  
De no venir con él á rompimiento,  
A Santafé se fueron deslizano,  
Mas á los tres primeros que huyeron  
Indios en el camino los mataron;  
Los otros los siguieron hasta tanto  
Que entraron por la tierra montüosa  
Y á las que llaman hoy las Pesquerias,  
Por la gran abundancia de pescado,  
Tierra que cria ricos minerales,  
Mas como ya dijimos mal poblada  
Y enferma, pero fértil de comida,  
Donde hallaron copia de labranzas.  
Y pareciéndole que convenia  
Fundó nueva ciudad en aquel sitio,  
Y algo mas reportado, conociendo  
Estar de su gobierno descontentos,  
Y no guardalle ya tanto decoro  
Como solian antes los soldados,  
Hizo congregacion de los que pudo,  
Porque muchos andaban derramados,  
A los cuales por términos modestos  
Procuró granjear sus voluntades  
Con un razonamiento que les hizo,

La substancia del cual es la siguiente:  
 «Amigos, si á razon estais atentos  
 Aquellos que por ella sois medidos,  
 Entendereis haber desabrimientos  
 Que turban las potencias y sentidos,  
 Donde los primitivos movimientos  
 Con gran dificultad quedan vencidos,  
 Y tal dolor será que la mas alta  
 Prudencia della misma queda falta.  
 »Y así, los que me veis desta manera  
 Con turbaciones y paciencia poca,  
 No debeis espantaros aunque muera  
 Segun el duro golpe que me toca:  
 Del cual diereis razon, si la tuviera,  
 Para poder bosallo por la boca:  
 Basta decir que fueron ocasiones  
 Terribles y de malas intenciones.  
 »Pues no sé quién sin fin de amistad buena  
 Me escribió lo que no supo ni vido,  
 Y aunque lectura de verdad ajena,  
 Del autor infernal estoy corrido;  
 Y en efecto, me dió tan grave pena  
 Que cuasi me privó de mi sentido,  
 Y con aquel dolor corri sin freno,  
 Sin querer admitir parecer bueno.  
 »Mas aunque mi pasion y mi congoja  
 Es de tal cualidad que desespere  
 Para siempre jamás de vella floja,  
 Como caso tan grave lo requiere,  
 Mi buena voluntad no queda coja  
 Para serviros en lo que pudiere,  
 Pues demás de lo mucho que se os debe  
 Obligacion particular me mueve.  
 »Es mi deseo pues que por lo hecho  
 Ninguno se me muestre desabrido,  
 Sino que se quiete vuestro pecho,  
 Pues hasta agora nada se ha perdido,  
 Antes ha sido para mas provecho  
 Poblal en este sitio proveido  
 De grano, de pescado, de legumbres,  
 Y de prósperas minas certidumbres.  
 »Y no por nos meter en arboleda  
 Perdemos el terreno mas aceto,  
 Pues volver cuando buenamente pueda,  
 En ley de hijodalgo lo prometo,  
 Para poblal en lo que de paz queda  
 Y repartiros todo lo subyeto:  
 Aquesta es mi voluntad abierta  
 Que sin duda podeis tener por cierta.»  
 Oidas las razones comedidas  
 Por aquellos que estaban en la junta,  
 Tuvieron cortesanos cumplimientos  
 Prometiendo de dalle todo gusto,  
 Con el respecto, gracia y obediencia  
 Que á su gobernador le era debida;  
 Y encarecidamente le rogaron  
 Que no hiciese caso de novelas,  
 Pues todos entendian ser escritas  
 Debajo de malignas intenciones,  
 Por poner á las suyas honorosas  
 Algun impedimento con envidia.  
 En efecto, quedaron muy conformes,  
 Pero pasado número de dias,  
 Queriendo recogellos y sacallos  
 Para pacificar algunos indios,  
 Y dar orden á cosas necesarias,  
 Ninguna parte fué para juntallos,  
 Y con aquella cólera y enojo  
 A Diego de Montoya dió garrote,  
 Soldado principal, con pensamiento  
 Que los demás vernian á medirse  
 Con lo que su mayor les ordenaba.  
 Mas desto que tomó para remedio  
 Nació mayor rancor y mayor odio,  
 Porque se conjuraron tres soldados,  
 Que fueron Juan Alonso de Santana,  
 Pero Sanchez de Oviedo, y el tercero  
 Manuel Ruviales, con diseño  
 De venir á la audiencia deste reyno  
 En coyuntura que lo gobernaba  
 El licenciado Francisco Briceño,  
 Recien venido por su presidente,

Y antél formar querellas del Valdivia,  
 Para lo cual desesperadamente  
 Y como temerarios se arrojaron  
 En una mal parada canouela  
 Por las corrientes del rio de Cauca,  
 Do bárbaros guerreros son frecuentes,  
 Con harta mas sospecha de la muerte  
 Que de escapar ninguno con la vida;  
 Pero venciendo las dificultades  
 Llegaron á Mopox en salvamento,  
 Y por el rio de la Magdalena  
 Subieron todos tres al Nuevo Reino,  
 Y en la real audiencia dieron queja  
 Del Andrés de Valdivia, demandando  
 Juez que de las causas conociese;  
 Y fuéles para ello proveido  
 Anton Gomez de Acosta, lusitano,  
 Noble de condicion y de linaje,  
 Hombre de buenas partes, mas con ellas  
 Mas de sinceridad que de dobleces,  
 Al cual yo conversé por muchos dias  
 Y reconocí ser de liso pecho.  
 Diéronse poderes y recados  
 Bastantes, y á medida del deseo  
 De los apasionados querellantes;  
 Pues mandan al Valdivia que parezca  
 Ante los senadores, y entre tanto  
 Antonio Gomez quede gobernando;  
 Con esto se partió para los rios,  
 Los tres soldados en su compañía  
 Y algunos otros que se le llegaron,  
 Entrellos dos cuñados del Valdivia,  
 Bermudez y Loaisa, que sabiendo  
 Ir el Antonio Gomez con el cargo,  
 Para tenello grato y apacible  
 En negocio que tanto les tocaba,  
 Juntamente hicieron el viaje,  
 Ganando voluntades alteradas.  
 Y avisado Valdivia por algunos  
 Que seguian sus partes en la villa  
 De Santafé, después que allí llegaron  
 Salió del pueblo de las Pesquerias  
 Con algunos soldados mas amigos  
 Para los recibir en aquel valle  
 De San Andrés, adonde se juntaron,  
 Y con premeditada cortesia  
 Al juez recibió y á los contrarios;  
 Habló con los cuñados en secreto,  
 Informándose dellos largamente  
 Ansi de los poderes que traía  
 Como de las novelas de la carta,  
 Que fué tan nueva cosa para ellos  
 Que quedaron con un desgusto grave  
 De la invencion, en tanto perjuicio  
 De su punto y honor sin haber causa;  
 Finalmente, Valdivia satisfecho  
 De la limpieza y honra de su casa,  
 A su nuevo juez acudió luego  
 Antes que las reales provisiones  
 Le fuesen intimadas, y apartado  
 De los demás, le dijo lo siguiente:  
 «Señor Antonio Gomez, gran ventura  
 Ha sido para mí venir á esto  
 Un hombre noble, de conciencia pura,  
 Y cuyo celo vemos manifesto,  
 Pues guia los negocios con blandura  
 Y sin querer á nadie ser molesto,  
 Orden de que se precian las mas veces  
 Cristianos y católicos jueces,  
 »Que no de todos vientos son movidos,  
 Antes como varones reportados  
 Reservan uno de los dos oidos  
 Para con él oír los acusados,  
 Porque de los descargos detenidos  
 Sucede los absentes ser culpados;  
 Y así podría ser que yo lo fuese  
 Por faltar quien mi causa defendiese.  
 »Está claro de ver por lo que digo,  
 Y porque quien pidió la residencia  
 Consta ser hombre infame y enemigo,  
 Tráidor en sus efectos y apariencia;  
 Sirvió, quien fué la parte, de testigo

Para que con el cargo que llevaba  
 Allí haga con ellos asistencia,  
 Y trabaje traer al regio yugo  
 Indómita cerviz de aquella gente.  
 Y el capitán Francisco Maldonado  
 Ansimismo pasó por orden suyo  
 El gran rio de Cauca con soldados  
 A ver las poblaciones que tenian  
 Indios nutaves en aquella parte;  
 Y el gobernador con sus dos cuñados  
 Y trece compañeros y los negros  
 De su servicio, que serian quince,  
 De cuya valentia confiaba,  
 Si por los indios guerra se moviese,  
 En el ya dicho valle hizo pausa,  
 Donde para valerse y ampararse  
 Mandó hacer un fuerte, mas no tanto  
 Que lo pudiese ser contra la furia  
 Movida contra él, ya concluidas  
 Las obras, en mal punto fabricadas,  
 Pues fueron tan baldias diligencias  
 Quanto su temeraria confianza,  
 Como se tractará mas largamente  
 En otro canto, que será remate  
 De su discurso dél y de su vida.

## CANTO DECIMO CUARTO.

Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia.

Quien se guia por solos sus antojos,  
 Sin la moderacion que se requiere  
 Tener en los negocios importantes  
 De guerra, mayormente do no siempre  
 Responden al deseo los efectos,  
 A trabajos fin se va llegando,  
 Como nuestro Valdivia, que sin copia  
 De gente que sufriese dividirse  
 En partes tan remotas como dije,  
 Repartió los soldados que tenia,  
 Pensando subyectar en breve tiempo  
 Lo que con mas reporte se pudiera  
 Hacer, midiéndose con su posible,  
 Allanando la tierra todos juntos  
 Sin derramarse por diversas partes;  
 Mas con aquel orgullo presuroso  
 De que naturaleza lo compuso,  
 Salió del término que convenia  
 A su salud y vida, pues que puso  
 En evidentes riesgos su persona  
 Quedándose con pocos, y aun algunos  
 No poco descontentos conociendo  
 Que los cuñados suyos pretendian  
 Gozar de los trabajos y sudores  
 Ajenos, sin haber metido prenda  
 Para ser antepuestos en la tierra  
 A los que los habian padecido:  
 De cuya causa seis de aquellos trece  
 Que con él en el valle se quedaron,  
 Le hurtaron el cuerpo con sus armas,  
 Y como diestros hombres en la tierra  
 Salieron á la villa de Antioquia,  
 Dejándolo con solamente siete  
 Y aquellos etíopes que tenia.  
 Y así los indios, siendo convidados  
 De coyuntura que les prometia  
 Infalible victoria, despacharon  
 A las otras provincias mensajeros  
 Para que los caciques estuviesen  
 A punto cierto día, y á tal hora  
 Acometiesen á los españoles  
 Que cada cual tenia mas á mano,  
 Porque los que caian á la suya  
 Con el gobernador en aquel valle,  
 En aquel tiempo que les señalaban  
 Ansimismo serian asaltados.  
 Concertados los indios desta suerte,

Cuando del mes de octubre se contaban  
Diez días, año de setenta y cuatro,  
Habían al Francisco Maldonado  
Dándose ya de paz aquellos pueblos  
Nutaves, que tenían sus viviendas  
En la contraria banda de aquel río,  
Donde pasó con treinta y seis soldados,  
Y allí los regalaban y servían  
Proveyéndoles de mantenimientos  
A ellos y al servicio que llevaban;  
Mas llegada la hora del concierto,  
En el día que habían señalado,  
Vinieron treinta y seis tan solamente,  
Para cada español un indio solo,  
Todos ellos sin armas, y cargados  
Cada cual con un gran hace de guamas.  
Fructa gustosa, dulce, delicada,  
Y á corporal salud nada nociva,  
Antes á quien del hígado se siente  
Enfermo, cierto se la restituye,  
Segun he visto yo por experiencia:  
Será su longitud mas de tres palmos,  
Y el grueso de tres dedos largamente,  
O mas ó menos, blanda la corteza,  
Rolliza y arrugada por defuera,  
Y esta rompida, dentro se contienen  
Jugosos globos que se continúan  
Al modo de unas cuentas ensartadas  
Juntas y despegadas unas de otras  
Que hinchen la longura de la guama,  
Y es la blancura destas pelotillas  
A copillos de nieve semejante,  
Una pepita dentro cada una,  
Tierna, piramidal en la hechura;  
Pero lo que se come desta fructa  
Es aquel blanco que algodon semeja,  
Que dentro de la boca se deshace,  
No sin suavidad del que lo gusta;  
También hay otras diferentes guamas  
Que son á la manera de algarrobas,  
No mas en el tamaño, y aplanadas,  
Que tienen los efectos de las otras;  
Pero las que traían estos indios  
Eran de las mas luengas y rollizas,  
En cada hace dellas encubierto  
Afilado machete vizcaíno,  
Y ciertos trozos de madera dura  
Mas ponderosa que de pardo plomo,  
De la corteza limpios y muy blancos,  
Que se juzgaban ser palos de balsa  
Lijerísima no menos que corcha,  
Y cuyas aparencias encubrían  
La gran dureza y el mortal engaño.  
Acuden pues los nuestros al regalo,  
Cebados en aquella golosina  
Do venia la muerte disfrazada  
No menos que con ropas de dulzura;  
Y al tiempo que llegó cada cual dellos  
A tomar la porción que le cabía,  
Con la siniestra dieron el presente,  
Y con la diestra sacan los podones,  
Con tanta prontitud en dar el golpe  
Que el pensamiento y él fueron á una,  
Ensangrentando cada cual los filos  
En los incautos que con regocijo  
Iban á recibir su desventura,  
Que comenzó con fieras cuchilladas  
Y palos que los cascos desmenuzan:  
Cortan rostros, cabezas y pescuezos,  
Derríbanse narices y quijadas  
Que caían con dientes y con muelas,  
Crece la confusion y el alboroto,  
Anda la lucha fiera y orgullosa,  
Abrazanse heridos con los sanos,  
Y algunos se aprovechan de las dagas  
Vengando sus injurias en algunos  
De los astutos bárbaros y fieros;  
Mas como los vestidos no tenían  
En los desnudos donde hacer presa,  
Lijeramente se les deslizaban,  
Y andando fervorosa la pendencia  
Un terrible gaudul vió cierta hacha,

La cual con increíble lijereza  
Del suelo levantó, y enarbolada,  
El violento golpe descendiendo  
De los nervosos brazos sacudido,  
Rompió los cascos hasta las encias  
Al capitán Francisco Maldonado;  
Descargó luego con la misma hacha  
Sobre Juan de Cotura, valenciano,  
Y del tercero golpe dió remate  
De Chaves, valentísimo guerrero.  
Los miserables caen despedidos  
Del aliento vital, y Sancho Velez,  
Insigue montañés por sus hazañas,  
Allí las remató con fin acerbo,  
Con otros cinco válidos soldados  
De cuyos nombres no se me dió copia,  
Mas sé que la tuvieron de heridas  
Que penetraban hasta las entrañas;  
Pero los otros, aunque mal heridos  
De los primeros golpes de antiuada,  
Volvieron sobre sí, y á las espadas  
Echaron mano con terrible furia,  
Y aprietan á los bárbaros de suerte  
Que muchos dellos en aquel conflicto  
Tuvieron á los muertos compañía,  
Y los demás á paso presuroso  
Se fueron retrayendo con intento  
De volver con mas indios y pertrechos;  
Pero los españoles conociendo  
Que de sus piés lijeros dependia  
El escapar de tanto detrimento,  
Tomaron por remedio la huida  
Y por lugar sagrado la montaña,  
Por donde caminaron á gran priesa  
La vuelta de la villa de Antioquia  
Juzgando ser camino mas seguro  
Que ir á se juntar con el Valdivia.  
El cual en esta misma coyuntura  
Estaba rodeado de la muerte,  
Porque Cueraquia y Oceta y Ucharie,  
Ubaná y Quimé, caciques bravos,  
Con quinientos fortísimos guerreros  
Aquella noche antes se metieron  
Dentro de la quebrada montuosa  
Que distaba del fuerte breve trecho,  
Y cuando ya febeos resplandores  
Doraban las alturas y los valles,  
Enviaron al fuerte ciertos indios  
Cargados de regalos, cuyos gustos  
Habían de ser tragos de amargura;  
Pues fueron enviados por cubierta  
De sus intentos duros y malicia,  
Y para descuidarlos del asalto  
Y golpe que cercano les venia.  
Fingieron pues los bárbaros cansancio,  
Diciendo que venían de mas lejos,  
Y que los enviaban los caciques  
A ver si les faltaban alimentos  
Para les proveer lo necesario,  
De que Valdivia recibió contento,  
Y aquella compañía desdichada,  
No conociendo bien ser el postrero  
Que en esta vida frágil y caduca  
Habían de tener por su mudanza;  
Pues cuando repartían los presentes,  
Embajadores mudos de sus males,  
Salió la tempestad fiera y horrible  
Con mas impetuoso movimiento  
Que viento proceloso que remueve  
La ponderosa tierra, y arrancando  
Va los frondosos árboles su fuerza,  
Pues no menos lo fué la palizada  
Hecha para valerse dentro della,  
Porque turbados todos del asalto  
Repentino, sin dél haber sospecha,  
Apenas ocurrieron á las armas  
Cuando ya la tenían ocupada,  
Aportillada, rota y abatida.  
Y para resistir aquella furia  
Pedro Valero y un Leon salieron  
Como valientes hombres al encuentro;  
Pero barriólos luego la creciente

Segun qué suele la de raudó río  
Opuesta presa de reparo débil;  
Pues al Valero ponderoso golpe  
Le derramó los sesos, exhalando  
Luego la dulce vida por la boca,  
Y el Diego de Leon cayó pasados  
Los pechos de dos jáculos agudos  
Con rabia de la muerte remordiendo  
Lo circunstante del sangriento suelo.  
Acudieron los negros y españoles  
Que quedan, animándolos Valdivia  
Desde lo alto de una barbacoa,  
Adonde se halló cuando vinieron,  
Y una india ladina que tenia,  
Intérprete cabal de aquella lengua;  
Y así salieron todos al encuentro  
Con el brío y valor que cualquier bueno  
En tal tribulación mostrar debia,  
Pero la duracion de sus ardores  
Fué como llama blanda que procede  
De las estopas secas y esparcidas  
Que consumidas son en un instante  
Y apenas dejan rastro de ceniza:  
Ansí fueron de vida descompuestos,  
En el impetuoso torbellino,  
Entrellos cierto fraile carmelita,  
Dicho fray Bernabé, capellan suyo;  
Juan Rodriguez de Atienza, solamente,  
Sobrino de aquel clérigo que dije  
Decirse Joan Ruiz de Atienza antes,  
Y Gaspar Negro, de nacion jilofa,  
Duraban en el áspero conflicto  
Con hazañas que son merecedoras  
De celebrarse con eterna pluma,  
Pues dos veces rompieron los salvajes  
Haciéndoles á todos perder tierra,  
Dejándola de sangre proveida  
Y de bárbaros cuerpos ocupada,  
Del estrago que cada cual hacia;  
Y por mas animar al etíope  
El fuerte Juan Rodriguez le decia:  
«Ea, Gaspar, no cesen tus tajantes  
Golpes contra la bárbara canalla,  
Porque si perseveras, son bastantes  
A vencer otra mas dura batalla:  
Ayudaréte yo con semejantes  
En tanto que la muerte no me halla;  
Pero ya que la temporal nos llama,  
Haremos con que viva nuestra fama.»  
El Negro le responde: «De la vida  
Ya que, señor, me siento ser ajeno,  
Vuestro valor escelso me convida  
A mi venganza y la de tanto bueno,  
Hasta que por entero se despida  
Humana fuerza de Gaspar Moreno:  
Lo peor es que nadie nos espera,  
Porque pelean todos desde fuera.»  
Y es así que se fueron retrayendo,  
Huyendo las cercanas cuchilladas,  
Y segun á los toros que se lidian  
En coso, los están garrocheando  
Con multitud de dardos y de flechas  
Que llovian sobrellos á nubadas,  
Hasta tanto que los atletas fuertes,  
Desangradas y rotas las entrañas,  
Fueron rendidos del eterno sueño.  
Valdivia solo resta, que herido  
Estaba de un flechazo por la boca  
Al cual ovieron á las manos vivo:  
Vivo tomaron al desventurado,  
Con la moza ladina que tenia.  
Oh cuántos desconuelos y aficciones.  
Cuántas angustias y penalidades  
Rodeaban al triste que se via  
Cercado destes lobos carníceros,  
Ajenos de piadosa compostura!  
¡Qué de conceptos varios y discursos  
Mueven la voluntad, para que diga  
Alguna cosa la turbada lengua  
Con que á misericordia los moviese!  
Asentáronlo pues en una piedra  
Con aquellos escarnios y ludibrios

Que suelen estas gentes apocadas,  
La intérprete con él, que también teme  
Ser á pena de muerte condenada,  
Haciéndole preguntas odiosas  
Para mayor dolor encaminadas:  
Al fin Valdivia, por no quedar corto  
En un trance de tanta desventura,  
Quiso tentar el vado peligroso  
Tomando por bordon estas razones:  
«En vuestra potestad estoy captivo,  
Y de vivir no tengo confianza;  
Pero si proseguis vuestro motivo,  
Declaro lo que mi razon alcanza,  
Y es que no morireis si quedo vivo,  
Y si muero vereis cruel venganza;  
Pues del menor hasta el mayor caudillo  
Habeis de pasar todos á cuchillo.  
» Pensad con atencion en lo que digo,  
Y sin duda creed que si yo muero  
Habeis de ver un ejemplar castigo,  
Tan grande que ninguno mas severo;  
Y vale mas ganarme por amigo,  
Que lo seré leal y verdadero  
Si me haceis mercedes de la vida,  
Obra que será bien agradecida.  
» Permitid que me vaya libremente  
Sin pretension de dar fin á mis días,  
Porque luego, con paso diligente,  
Me partiré para las Pesquerías,  
Y desta tierra sacaré mi gente,  
Sin que revuelvan otras compañías  
A daros inquietud ni mover guerra,  
Mas siempre será libre vuestra tierra.  
» Niégume su fulgente luz Apolo  
Si yo volviere mas á la porfia;  
Antes se cumplirá sin haber dolo,  
Olor ni semejanza de falsia:  
Haceldo, pues matar un hombre solo  
Antes es poquedad que valentia,  
Y dejándome ir hareis un hecho  
De virtud y de honor y gran provecho.»  
La lengua declaró lo que decia,  
Y los caciques todos estuvieron  
Atentos y algun tanto reportados,  
Los unos con los otros praticando,  
Tomando pareceres y los votos  
Cerca de lo que mas les convenia;  
Y un indio principal dicho Carcara  
(Y don Martín después de bautizado)  
A todos les habló desta manera:  
«Amigos y parientes, de mi voto  
No lo hareis remoto de la vida,  
Porque será perdida diligencia  
Y acrecentar pendencia con cristianos:  
Lavemos nuestras manos deste hecho;  
Satisfaced al pecho que se mide  
Haciendo lo que pide brevemente,  
Pues tiene rey potente que lo envia  
A nuestra serranía, y es mandado,  
Y siendo su criado, y él tan fuerte,  
Ha de vengar su muerte, porque tiene  
Gran multitud que viene cada día;  
Y al fin es cobardía detestable  
Matar al miserable ya rendido.  
Aqui no soy movido con engaños,  
Mas por evitar daños venideros,  
Fines y paraderos lamentables,  
Que son inevitables si este muere.  
Si su palabra fuere vil y corta,  
Un hombre mas no importa ya que vuelva  
Con otra mayor selva peregrina,  
Pues una golondrina nunca hizo  
Verano, ni un granizo ocupó plaza,  
Ni destruyó la haza ni simiente.  
Soltallo de presente poco cuesta  
Usando con él desta bidalguia.»  
Dijo Carcara, no sin gran deseo  
De lo librar de la mortal angustia;  
Mas un Quimé, cacique furioso,  
De mala digestion, protervo, duro,  
Con iracundo rostro le responde:  
«Gentil predicador nos es venido

A defender partido de un tirano,  
Cuya sangrienta mano hizo menos  
Innumerables buenos en la tierra,  
Quedando de la guerra sin ayuda  
Tanta mujer viuda, y sus hijuelos  
Sin padres, sin abuelos, sin amparo:  
De negocio tan claro sois testigos,  
Pues de los enemigos los mas pocos.  
A questo dicho levantó la maza,  
Bajandola con golpe tan horrible  
Que le desmenuzó cascos y sesos:  
Cayó lanzando sangre por la boca,  
Y el ánima salió de aquella cárcel  
Mortal adonde estaba detenida.  
Ansimismo la india que servia  
De lengua padeció la misma muerte  
Por mano de Ubaná, y a questo hecho,  
Cortólas las cabezas, y a los otros  
Cristianos que murieron peleando,  
Y púsolas en medio del camino  
Por donde, si los de las Pesquerías  
Oviesen escapado del conflicto  
En que se vieron este mismo día,  
Habían de pasar forzosamente  
Para poder juntarse con Valdivia,  
Y vistas las cabezas no parasen  
Con miedo de pasar por otro tanto.  
Y se saliesen fuera de la tierra.  
Verdad sea que Ubaná quisiera  
Hacer un emboscada, mas los otros  
Caciques no quisieron acudille,  
Diciendo que los indios tabamies  
Al gobernador solo les mandaban  
Quitar la vida, como lo hicieron;  
Y así se retrajeron de aquel sitio  
Y se volvieron todos a sus casas,  
En tanto que sabían el suceso  
De los que estaban en las Pesquerías;  
A los cuales vinieron aquel día  
Gran número de bárbaros valientes  
Con algunas comidas y regalos,  
Pero los españoles como diestros  
Reconocieron ser estratagemas,  
Y que las intenciones que traían  
Eran de descuidarlos con aquello  
Y en viendo coyuntura dar de mala;  
Y así prendieron veinte y cuatro dellos,  
Conocidos por hombres principales,  
Metiéndolos en una casa fuerte,  
Con guardas que pusieron a la puerta.  
Y en la cámara donde los metieron  
Había un azadon, sin otra cosa  
De que pudiesen estos echar mano,  
Y un indio de los presos recogiólo  
Entré y la pared disimulado,  
Que no podía verse porque todos  
Estaban allí juntos y apiñados:  
Estando desta suerte detenidos,  
Guardándole la puerta seis soldados  
Entró el Antonio Gomez con sus armas,  
Una celada puesta, y en la mano  
La vara de justicia si prestara;  
Y hallándolos todos asentados,  
Paseándose por delante dellos,  
No con aquel aviso que debiera  
Tener con gente tan determinada,  
Con habelle rogado que no entrara  
Los seis soldados que hacían guarda,  
Por atemorizallos con palabras  
Les dijo: «¿Qué maldades son aquestas?  
Decid, traidores, perros, refalsados,  
Venís de paz, y las macanas prestas  
Pensando de tomarnos descuidados?  
Pues veinte y cuatro horcas tengo puestas  
Donde morireis todos ahorcados,  
Porque sin jamás daros ocasiones  
Usais destes ensayos y traiciones.»  
Aun no bien acabó de decir esto,  
Cuando el del azadon asió del cabo,  
Y con aquel ardor que tigre suele  
Abalanzándose tras el venado,  
Saltó con él, y dióle tan gran golpe

Que sin le dar segundo quedó muerto  
Y la celada dentro de los sesos.  
Acudieron las guardas al ruido,  
Y viendo su caudillo derribado,  
Menean las espadas cortadoras,  
Las cóncavas rodellas abrazadas,  
Y aunque el del azadon á tajo fondo  
Quiso desarraigar las otras plantas,  
Los acerados filos y las puntas  
Con tal solicitud fueron guiadas,  
Que en breve tiempo por el aposento  
Quedaron muertos todos veinte y cuatro,  
Y á gran prisa salieron de la casa  
Contra los demás indios que de fuera  
Andaban con los otros españoles  
Midiendo con el hierro las macanas;  
Pero prevalecieron los acerros  
Y maña de la gente bautizada,  
De suerte que los bárbaros huyeron  
Con menoscabo de los mas gallardos.  
Los nuestros sanos y victoriosos  
No quieren esperar otra borrasca,  
Y así determinaron de partirse  
Para se congregarse con el Valdivia,  
No sabiendo su muerte desastrada.  
Por todos ellos eran veinte y uno,  
Cuyos heroicos hechos yo no puedo  
Particularizar, aunque merecen  
Ser los de cada cual eternizados.  
Destos fueron delante tres soldados  
Para que descubriesen con aviso  
Los pasos peligrosos y quebradas:  
Hombres no menos sueltos que valientes  
Y de quien justamente se podía  
Hacer tan importante confianza;  
El uno dellos era Juan Melendez,  
Que de presente tiene por posada  
En este pueblo donde yo resido  
La del noble vecino Juan de Vargas,  
Que es escribano hoy deste cabildo  
Y entonces por allí participante  
De riesgos y trabajos insufribles;  
El otro Baltasar Muñoz, que vive  
En un pueblo de los de Venezuela,  
Y Mateo Fernandez, color loro,  
Pero su gran virtud y valentía  
Cubrían, si lo es, aquesta falta:  
Hijo de india es y de etiope,  
Y natural desta ciudad de Tunja.  
Llevaban estos tres en su defensa  
Tres perros señalados en braveza,  
Turquillo, Amigo, y otro Menalao,  
Que para se valer en la jornada  
Les fueron á su tiempo provechosos.  
Yendo pues caminando con recato  
A su salud y vida necesario,  
Dieron en las cabezas de los muertos  
Y en aquel espectáculo cruento,  
Adonde repararon con estasis  
En pálido color los rostros vueltos,  
Desamparándolos el humor noble  
Por ir á socorrer en tal espanto  
La parte principal enflaquecida:  
Porque su dolor fué tan escesivo,  
Conociendo los miseros pacientes,  
Que perecieran en aquel angustia  
Si no se desaguara por los ojos.  
Alguna parte de su sentimiento,  
Donde hasta los perros lo hicieron  
De natural instinto convocados.  
Y habiendo coligido por las muestras  
Toda la rigurosa desventura,  
Perplejos no sabían qué hacerse,  
O revolver atrás á dar la nueva,  
O proceder á pueblo de cristianos,  
Pues en cualquiera de los dos caminos  
Se corria gran riesgo de la vida;  
Al fin, destes extremos eligieron  
Pasar á Santafé por mas seguro,  
Y en la prosecucion de su viaje,  
Sembrado de cien mil inconvenientes,  
Demás de les faltar mantenimiento

Para se remediar y cobrar fuerzas,  
Que ya la hambre se las consumía,  
De los tres perros uno degollaron  
Que por nombre tenía Menalao,  
Y bien ó mal asado fué socorro  
Para poder llegar en salvamento  
A Santafé, donde también habían  
Entrado los heridos que escaparon  
De do murió Francisco Maldonado,  
Que según los trabajos padecidos,  
Terribles y profundas cuchilladas,  
Poder llegar se tuvo por milagro;  
Y alguno dellos, que es Suero Rodriguez,  
Hoy morador del pueblo do yo vivo,  
Con seis peligrosísimos flechazos,  
E uno dellos fué penosa rienda  
Por el miembro viril atravesada.  
Pero llegados á la noble villa,  
De los vecinos y los mercaderes  
Caritativamente recibidos  
Y con gran diligencia remediados;  
Y desde que llegaron los primeros  
Hizo Gaspar de Rodas gran instancia  
En que se proveyese de socorro  
Al Andrés de Valdivia, no sabiendo  
Hasta llegar los tres su mal remate,  
Y el Antonio Machado de quien dije  
Salirse con licencia del Valdivia,  
En Santafé nombrado por alcalde,  
Primero que llegase Juan Melendez  
Había ya salido con cuarenta  
Soldados viejos bien apercebidos,  
Los cuales, aunque no fueron á tiempo  
Para podelle dar este presidio,  
Aprovecharon á los que venían  
De do mataron al Antonio Gomez;  
Que como proseguiesen su camino  
Tras Melendez, Muñoz, Mateo Fernandez,  
Dieron en las cabezas ansimismo  
De su gobernador y de los otros  
Que de su hado fueron herederos,  
Las cuales conocidas, no se pueden  
Encarecer sus grandes turbaciones,  
El tierno sentimiento que hicieron,  
Las muchas lágrimas que derramaron  
Así los españoles como indios  
E indias que llevaban de servicio,  
No solamente ya por sus amigos,  
Pero también por ellos, por hallarse  
Cercanos á la misma desventura,  
Y porque sospechaban que Melendez  
Con los dos que iban en su compañía  
Estaban de la vida descompuestos,  
Pues no volvieron á les dar aviso  
Ni salían á se juntar con ellos;  
Y así cada cual destes pretendía  
Acogerse huyendo del peligro  
Por donde su ventura lo guiase,  
Juzgando que si fuesen divididos  
Podrían huir mas seguramente,  
Pero los mas enteros en consejo  
Tuviron parecer diferenciado,  
Porque venía Juan Ruiz de Atienza  
Y Bartolomé Jorge, sacerdotes,  
Leonel de Ovalle, Pinto Vellorino,  
De los cuales Atienza mas atento  
Por animar á todos los restantes  
Que en número serian diez y ocho,  
Les dijo las palabras que se siguen:  
«Caballeros, los fuertes corazones  
No desmayan en las pérdidas lides;  
Antes, de repentinas ocasiones  
Sacan para salvarse mil ardidés:  
Quel buen agricultor planta mugrones  
Adonde hace mella muertas vides,  
Y no por ver la falta de aquel suelo  
Desampara la viña ni majuelo.  
Ninguno piense pues tener mas vida  
De la que tienen hoy estos defunctos,  
Si para ser la gente dividida  
Juzga ser acertados sus barruntos,  
Siendo mas sin remedio la caída

Del que va solo que de muchos juntos,  
Donde quien cae halla sublevante,  
Y al solo faltará quien lo levante.  
»Para que esto tengais por acertado,  
Buen paradigma es el mal presente,  
Que nos declara ser desamparado  
Valdivia de gran parte de su gente,  
Quedándose con él en el cercado  
Estos seis españoles solamente,  
Pues á ser mas, quien estos hizo piezas  
Aquí pusiera las demás cabezas.  
»Y aun estos juntos, con tener aviso  
No pasaran por tan adversos hados;  
Mas cada cual debió de estar diviso  
Siendo con falsa paz asegurados,  
Segun aquella gente que nos quiso  
Burlar, aunque quedaron mas burlados,  
Mas á no conocelles el amago  
Pasáramos por este mismo trago.  
»De manera que ya por este año,  
Mediante Dios y ayisos que preceden,  
Seguros estaremos del engaño  
Y de que con regalos nos enreden;  
Y si salieren á hacernos daño,  
Las armas de Dios son las que mas pueden:  
Vámonos retrayendo y apartando,  
Y á Dios rogando y con el mazo dando.  
»Digo que juntos con las oraciones  
Estén siempre mechones encendidos,  
Prestos y bien cargados los cañones,  
Los demás instrumentos prevenidos:  
Que para resistir sus escuadrones  
No somos torpes, mancos ni tullidos,  
Haciendo cada cual lo que en si fuere  
Y Dios aquello que por bien tuviere.  
»El camino mejor y mas abierto  
Es este para trance semejante,  
En cuya confusion tengo por cierto  
Que Melendez coló mas adelante,  
O sea con temores de ser muerto,  
O por le parecer ser importante  
Primero dar avisos á la villa  
Que volvellos á dar á su cuadrilla.  
»Y si van con aqueste presupuesto,  
Como por conjeturas adevino,  
Algun socorro toparemos presto  
Y aun por ventura viene ya camino;  
De dos extremos, lo mejor es esto,  
Y lo contrario torpe desatino:  
Estemos juntos á cualquier asalto,  
Y en aqueste lugar hagamos alto.  
»No para reposar en coyuntura  
Cuyos trabajos son inevitables,  
Sino para que demos sepultura  
A las cabezas destes miserables,  
Ya que nos ha traído la ventura  
A ver estos sucesos lamentables;  
Pues sería gran falta de clemencia  
Irnos sin hacer esta diligencia.  
A questo dijo Juan Ruiz de Atienza,  
Y á todos pareció consejo sano;  
Lo cual se puso luego por la obra,  
Y allí hicieron noche; pero cuando  
Su curso demediaba caminaron  
La vuelta de la villa de Antioquia,  
Las armas alistadas y esperando  
El acometimiento de los indios,  
Mas no les sucedió cosa notable  
Por apartarse de las ocasiones,  
Y al cabo de dos dias de jornada  
Encontraron con Antonio Machado  
Y los demás amigos, cuya vista  
Disminuyó la pena y el cansancio,  
Y convirtió congojas y trabajos  
En ratos mas quietos y agradables,  
Contando los pasados sinsabores,  
Hasta que ya llegaron á la villa  
Donde los que venían mal parados  
Hallaron todo buen acogimiento.  
Ansi que, por entonces se quedaron  
Los indios victoriosos, y las tierras  
Que fueron del gobierno de Valdivia

Desamparadas de los españoles,  
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,  
De quien agora resta que tractemos,  
Fueron pacificadas con castigo,  
Segun declararemos adelante  
Ayudándose de las relaciones  
Y cartas de Hierónimo de Torres,  
Que es ocular testigo, y hoy vecino  
De la nombrada villa de Antioquia,  
Antiguo peregrino destas partes,  
Y cuyo marte fué contra tiranos  
En muchas ocasiones señalado  
Después quel licenciado de la Gasca  
Plantó pendon real contra Pizarro,  
Y de quien tengo cierta confianza  
Que todo lo que dice va tejido  
Con hilos de verdad irrefragables,  
El cual demás del crédito que tiene  
De bien compuesto, con ingenio claro,  
Segun que sus papeles manifiestan,  
Esta relacion hizo por mi ruego (1)  
Pidiéndoselo yo con gran instancia;  
Del cual á tiempo, si me lo concede  
La fatal parca, tractaremos largo,  
Pues este no lo es por ir asido  
A las proezas de Gaspar de Rodas,  
Que piden ser cantadas con elogio  
Que no sufre paréntesis prolijo;  
Y así, pues rematamos el discurso  
Con términos incautos del Valdivia,  
Primer gobernador destas provincias,  
Conviene que tractemos del segundo  
Que con moderacion y con templanza  
Abatió la soberbia destas gentes,  
Reduciéndolas al real dominio.

## ELOGIO

*de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

## CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas  
Con número crecido de cabezas,  
De las cuales algunas estirpadas  
Con violencia de tajante golpe  
Otras le renacian con aumento:  
Enigma por el cual se nos declara  
Que una desgracia muchas acarrea  
Si con fuego de viva diligencia  
Algun hercúleo brazo no refrena  
El origen y fuente de do nace  
Aquel profluvio, cuyas dependencias  
Son mas irremediables muchas veces  
Que sus principios y ocasion primera.  
Destos inconvenientes perniciosos  
Se vian ya cercanos los vecinos  
Y gente forastera de la villa,  
Si por alguna via les faltara  
Presta solicitud y providencia;  
Porque como los bárbaros nutaves  
Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

*Esta relacion hizo por mandado  
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)  
Del doctor Barros, digno presidente  
De la real audiencia, que reside  
En la ciudad de Quito por agora,  
Porque su rectitud, valor y ciencia  
A mas altos honores lo convidan.  
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.*

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas donde se trataba de Drake.

Desarraigándolos de sus provincias  
Con muertes afrentosas y otros daños,  
Los de nacion catia conociendo  
De si no ser de menos valentia  
Ni menores ardides en la guerra,  
Por no perder aquellas ocasiones  
Negaron vasallaje y obediencia,  
De suerte que ningunos acudian  
A los acostumbrados ministerios.  
Los nuestros, que tractaban del remedio,  
Considerando cuánto convenia  
En esta turbacion tener caudillo  
Autorizado por real consejo  
Que los asegurase y reduciese  
A la paz, quietud y servidumbre,  
Y castigase los atrevimientos,  
Desacatos y muertes de cristianos,  
Despacharon á la real audiencia  
Del Nuevo Reino, donde presidia  
El licenciado Francisco Briceno,  
Con otros dos oidores, uno dellos  
Antonio de Cetina, licenciado,  
El otro Auncibay, y fiscal della  
El licenciado Alonso de la Torre;  
Mas entre tanto que esto les venia,  
Despachó la justicia y regimiento  
Con toda brevedad á Juan Melendez  
De Valdés con alguna gente diestra  
En seguimiento de los alterados,  
El cual con su valor y buena maña  
Les hizo que mudasen pensamientos,  
Asegurándolos de tal manera  
Que dejaron las armas, y quietos  
Volvieron al antiguo vasallaje.  
Mas en esta sazon y coyuntura  
Un alboroto sucedió notable,  
Que por haber testigos hoy presentes  
Que vocalmente me lo representan,  
Al menos Juan de Vargas, escribano,  
Que entonces se halló con otros muchos  
En ir á deshacer aquel engaño,  
Persona de quien puedo confiarme,  
Demás de cierta relacion que tengo  
Firmada de varon no menos grave,  
Me pareció ponello por escrito  
Por decir algo de las invenciones,  
Tramas y embustes quel diablo tiene  
Para cazar las almas miserables  
Desta gentilidad prompta y atenta  
A recibir cualquiera desvario.  
En el valle de Penco, comarcano  
Y á la villa de Santafé subyecto,  
Cierto demonio, que por nombre Sobce  
Era nombrado, se mostró patente  
A todos cuantos vello deseaban,  
Vestido segun indio de la tierra,  
Todo de negro y el cabello largo,  
Una manta revuelta sobre hombro,  
Y era, segun se vido claramente,  
Familiar de cierta pitonisa,  
Encantadora vieja que tenia  
Una hijuela de hasta diez años,  
Hermosa, segun dicen, por estremo,  
Y esta hija del sol decian que era  
La falsa hechicera y el demonio.  
El cual cuando hablaba con los indios  
Encima se sentaba de la vieja,  
A quien el Sobce le llamaba madre.  
Estaban pues los bárbaros atentos  
A todas las palabras que hablaba,  
Y dicen que le vian bien el rostro  
Los indios infieles, mas los otros  
Que estaban bautizados no podian  
Velle la cara por ninguna via,  
Ni aun era menester que se la viesesen,  
Pues no podia ser sino tiznada,  
O por mejor decir fiera y horrible.  
Haciales ver cosas monstruosas  
Como buen jugador de masa pasa,  
Y tantas apariencias de milagros,  
Que les hizo creer ser el inmenso  
Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenian  
Antes que conociesen á cristianos  
Eran buenas y tales, que con ellas  
Habian de serville si querian  
Gozar de su favor en todo tiempo,  
Porque las que tenian españoles  
En gran manera las aborrecia;  
Y así queria luego confundillos  
Con un diluvio donde pereciesen,  
Sin dejar dellos ánima viviente,  
Porque quedasen ellos en sus tierras  
Libres de subyeccion tan miserable,  
Lo cual haria dentro de seis dias.  
Por tanto que llamasen sus parientes,  
Así los que servian á cristianos,  
Ladinos que con ellos residian,  
Como los que vivian estramuros  
Y les reconocian vasallaje,  
Si no querian ver el fin acerbo  
Que á solos españoles ordenaba.  
Señaló tres lugares donde todos  
Habian de juntarse, cumbres altas,  
Páramos solitarios y desiertos  
De grandes precipicios rodeados,  
Por donde se colige que queria  
Mediante sus astucias despeñarlos  
Antes de recibir el agua santa,  
Puerta de los divinos sacramentos,  
Y de ser instruidos y enseñados  
En la verdad católica cristiana.  
Allí mandó llevar de todas suertes  
Semillas y raices y otras cosas  
De que este barbarismo se mantiene,  
Porque pasadas las inundaciones  
Volviesen á hacer sus sementeras.  
Y para publicar esta novela  
Salieron por mandado del demonio  
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,  
Los cuales fueron por la tierra toda  
Aquestos desvarios predicando,  
Cuyas palabras fueron admitidas  
No menos que si fueran pronunciadas  
Con aquel celo del profeta Jonas,  
En tal manera que de los ladinos  
Que estaban en la villa de Antioquia,  
El año de setenta y seis, á doce  
Del mes de marzo, no se halló indio  
Ni india que del pueblo no huyese  
A las alturas yermas donde Sobce  
Les habia mandado que subiesen:  
Lo cual visto por nuestros españoles,  
La mañana que los echaron menos,  
Desta gran novedad inadvertidos  
Y con sospecha de levantamiento,  
Siguiéron el alcance por el rastro  
Hasta tanto que ya dieron en ellos,  
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,  
Los unos y los otros lamentando;  
Y preguntándoles por qué hūian  
Y cual era la causa de su lloro,  
Les respondieron: « Pobres de vosotros,  
Cuán ayunos estais del mal futuro  
Y de la muerte que teneis cercana,  
Pues antes de tres dias á lo largo  
Ninguno de vosotros terná vida,  
En aguas inundantes ahogados!»  
Al fin les declararon el misterio  
Dol horrible diluvio que esperaban,  
Contra los españoles destinado,  
Que celebraron ellos con gran risa;  
Y aunque por muchas vias procuraban  
Ponellos en razon y desengaño,  
Me dice Juan de Vargas que tenian  
Aquella vanidad tan arraigada  
En sus entendimientos torpes, como  
Si vieran los efectos ya presentes,  
Y así cuasi forzados los mas dellos  
Volvieron á la villa temerosos.  
Llegaron pues los falsos hechiceros  
Aquestas invenciones pregonando  
Al valle de Ibijico, donde estaba  
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije  
Serle no sin indicios imputado  
Acerca de la muerte de Valdivia;  
El cual, por la destreza que tenia  
En aquel idioma de los indios,  
Era de todos ellos estimado  
Y en opinion de mozo que tractaba  
Verdad en cuantas cosas les decia.  
Llegó la novedad á sus oidos  
Por el alborotado movimiento  
De gentes en el valle congregadas,  
Oyendo los inicuos adevinos  
Que denunciaban el horrendo caso;  
Y como se le diese larga cuenta  
De lo que por los viejos se decia,  
Riéndose Baptista dijo luego:  
« Llamámelos acá, que quiero vellos;  
Y cuando no quisieren buenamente  
Vengan á su pesar por los cabellos;  
Hareles entender que Sobce miente  
Y que ni mas ni menos mienten ellos,  
Sembradores de sórdida simiente,  
Segun y como quien los ha movido,  
Infame, sucio, vil y fermentido.»  
En efecto, pusiéronle delante  
A los tres como tontos y asombrados,  
Con meneos y gestos espantables,  
Que parecian infernales bultos  
Y que lanzaban fuego por los ojos;  
Y el Baptista, después de encomendarse  
Al sumo Hacedor devotamente,  
Una cruz en las manos, así dijo:  
« Ministros de maldad, engañadores,  
Revestidos de espíritu malino,  
¿Por qué venis á ser predicadores  
De tan desvariado desatino,  
Ciegos embarbascados en errores  
Y ajenos del católico camino?  
En llegando la hora de esa ira  
Conoceréis al claro ser mentira.»  
« El que teneis por dios es un tirano  
Bajo, suez, de condicion horrenda;  
Y si quien lo crió no le da mano,  
Seguros estareis que no os ofenda:  
El verdadero Dios y soberano  
Quiere que por aqui su fe se estienda,  
Y á los que lo creemos y adoramos  
Nos ha de conservar adonde estamos.»  
Y las cautelas frívolas y engaños  
Que en vuestros corazones Sobce planta,  
No serán parte por eternos años  
Para desarraigar la gente santa:  
Vernán sobre vosotros esos daños  
Si no creis lo que nuestra fe canta;  
Pero si lo creyeres con bautismo,  
Escapareis del infernal abismo.»  
Estas y muchas otras cosas dijo,  
Particularizándoles misterios  
Tocantes á la fe de los cristianos,  
Porque tenia buen entendimiento:  
Los indios defendiendo sus errores,  
Sobre los cuales hubo gran disputa  
Que yo por abreviar no la refiero;  
Pero con tanta fuerza y enerjía  
Este mozo Baptista les hablaba,  
Que de los tres los dos de menos años  
Quedaron convencidos y creyeron,  
Y el mas viejo en edad y mas protervo  
Desesperábase viendo la vuelta  
Que hizo dar á los coadyutores,  
Haciendo varios gestos y visajes,  
Y estaba ya tan ronco de dar voces,  
Que no se percibian sus palabras,  
Pero después en algo reportado  
Habló con el Baptista desta suerte:  
« Pues dices que tu Dios es verdadero,  
En nombre suyo quiero que delante  
Desta gente ignorante, vidriosa,  
Hagas alguna cosa tal que crea  
Que milagrosa sea, pues yo fio  
En el nombre del mio, que desdeñas,  
Mover las grandes peñas deste suelo,